

## **Palabras del Dr. Gustavo Chiozza en ocasión de la apertura del nuevo ciclo de la Escuela de Psicoanálisis**

Cada vez que tengo que hacer estas estas palabras trato de releer las que dije antes. Y releiendo esas palabras me dieron muchas ganas de volver a decirles lo mismo que les dije en el 2017. En aquella oportunidad hablé sobre las prioridades y utilice la metáfora, que espero que recuerden, de que las piedras grandes debían ir primero. Y después de estos cinco años que pasaron desde aquella ocasión, siento que en esos aspectos no hemos mejorado lo suficiente. Otra vez tenemos pocos alumnos, otra vez se dan las mismas dificultades con los horarios, otra vez profesores titulares teniendo que cambiar horarios para acomodarse a las prioridades de los alumnos y profesores adjuntos que declinan la invitación a dar seminario, más seducidos por otras prioridades. En fin, no voy a repetirles lo que les dije en aquella oportunidad, que ustedes pueden leer en la página, pero sí me gustaría que lo hagan.

Puede ser cierto que los seminarios ahora tengan poco valor y que haya mejores cosas que hacer. Pero, si así fuera, estamos desaprovechando una oportunidad, una oportunidad que seguramente nos dolería perder. Y, si así fuera, profesores y alumnos estamos equivocando el camino. Sobre esto me parece que tenemos que reflexionar, y me gustaría hacerlo un poco a título personal, como un modo de predicar con el ejemplo.

No me resulta difícil identificar mi falta de entusiasmo. De hecho, tener que hacer estas palabras lo sentía como una carga o como un peso. En lo personal, la cuarentena fue para mí un tiempo muy duro. Fue difícil tratar de mantenerme centrado en mis puntos de vista y fue un gran esfuerzo tratar de mantener mi estilo de vida y mi modo de trabajar en circunstancias tan diferentes a las habituales. Tuve pérdidas cercanas en la familia, tuve enfermos que cuidar en la familia y también fue muy duro combatir las resistencias de los pacientes, amparadas en consensos, que el miedo hacía muy poderosas. Sobre todo, en relación a las sesiones presenciales o ilusión de la vacuna, por ejemplo. También tener que someterme a restricciones gubernamentales que me impedían sentirme dueño de mi propia vida. Tomar consciencia de cuánto de ilusión tiene lo que uno siente como libertad o derecho individual. En esos tiempos duros es natural añorar las épocas pasadas y recordarlas como más blandas. Y es natural también desear que esas épocas retornen. No tengo del todo claro de si la pandemia terminó, pero ya no estamos en una cuarentena estricta y ahora podemos hacer muchas de las cosas que hasta hace poco tanto añorábamos. Entonces, ¿por qué no estoy más contento? La respuesta es tan simple, qué me avergüenza haber hecho la pregunta. Me doy cuenta de que lo sabía, pero que lo sabía intelectualmente y que, afectivamente, me resistía a creerlo del todo: El fin de la cuarentena implica enfrentar las consecuencias de la cuarentena. Y el mundo que la cuarentena nos dejó no es aquel, más blando, que recordábamos, sino uno nuevo, más duro y peor, que recién ahora empezamos a descubrir.

Cuando hacía traumatología, recuerdo que los pacientes venían felices al tan ansiado momento en que se les iba a sacar el yeso. Ese yeso que tantos padecimientos les traía, que les impedía caminar, vestirse, que les picaba. Y recuerdo el deseo que tenían de reencontrar la pierna sana que la fractura les había arrebatado y poder volver a caminar. Y recuerdo, sobre todo, sus caras de decepción al retirar del yeso y ver que la pierna que esperaban encontrar era ahora una pierna blanca, pálida, escuálida, peluda, atrófica e inútil. Y así es siempre, lo que no se usa, se pierde y cuesta mucho volver a conseguirlo y no siempre se lo logra del todo.

Como también les decía en la entrega de diplomas del Simposio 2021, ser psicoanalistas no es tener un diploma. Ser psicoanalistas es una destreza que se pierde si no se la usa. Pensar bien es también una destreza que se debe ejercitar con frecuencia. Nunca tuve dudas de que el mundo necesita buenos psicoanalistas. Y este mundo cobarde, hipocondríaco y pusilánime, que primero buscó la protección de la cuarentena y que después se queja de sus consecuencias, lo necesita con urgencia. De eso no tengo dudas. Lo que sí dudo es si nosotros, como psicoanalistas, todavía estamos en buena forma para enfrentar semejante desafío. Así que me propongo, y les propongo, volvamos a los entrenamientos, empecemos hoy, ejercitemos más duro que nunca. Necesitamos recuperar la forma porque el mundo nos necesita más fuertes que antes. Muchas gracias.